



Las noches de septiembre

Elizabeth Oglesby

Dos mujeres murieron en las noches de septiembre, con 33 años de diferencia. La primera luchó por su vida en una acera del centro de la ciudad, sin más testigos que una plantita que crecía en una grieta del cemento. La segunda sucumbió a un cáncer imparable, en casa con su familia a su alrededor. La primera muerte fue un crimen atroz, la segunda una tristeza profunda. Para quienes conocíamos a las dos, a Myrna y Lucrecia, madre e hija, las noches de septiembre nos dejan marcados indeleblemente.

Conocí a Lucrecia cuando ella tenía 12 años, cuando aún era “la Lucky” y Myrna (o una de sus tías) la llevaba a las clases de ballet y otras actividades de su edad. Cuatro años después, la abracé mientras sollozaba en un evento de homenaje días después del asesinato de su mamá. Con el paso de los años, las y los amigos de Myrna, dentro y fuera de Guatemala, estábamos presentes con Lucrecia de una u otra forma, con diferentes grados de distancia, aplaudiéndola desde el margen de su vida. ¡Qué felices nos sentíamos al verla florecer! Felices al verla avanzar en sus estudios y en su profesión de médica y defensora de la salud pública. Conmovidos cuando formó su familia y ¡qué alegre ver las fotos de ella sonriendo con sus hijos! Interesados cuando se lanzó a la política y por todo lo demás que emprendía para crearse una vida con sentido y alegría.

Claro que percibíamos rastros de Myrna en la sonrisa radiante de Lucrecia y en su entrega, con suma inteligencia y carisma, a las causas justas en Guatemala. Pero con el tiempo, ya no la veíamos a través de la lente de su madre, sino que llegábamos a apreciar los dones únicos de Lucrecia. No solo su capacidad de análisis sino su liderazgo nacional; su sensatez y su brújula ética bien calibrada (como se solía decir); y su enorme capacidad visionaria y técnica que ayudaba a resucitar la esperanza en Guatemala.

Recuerdo que en 1992, cuando estábamos a punto de publicar el estudio póstumo de Myrna sobre los desplazados, hablamos entre el equipo sobre qué título ponerle. La primera sugerencia fue “¿Dónde quedó el futuro?” porque expresaba el sentido de pérdida (de seres queridos, de tierras y bienes, de esperanzas y horizontes) que sentía mucha gente sobreviviente del genocidio. Pero decidimos no ponerle un título tan pesimista, sino algo un poco más abierto, quizás porque Myrna siempre tenía ese optimismo radical, bien fundamentado o no, para contrarrestar la parálisis. Entonces, el título que quedó fue “¿Dónde está el futuro?”

Una respuesta a aquella pregunta eras tú, Lucrecia. Claro. Sé que luchabas, en público y en privado, con el legado de tu mamá. Como dice la placa conmemorativa en la pared frontal de AVANCSO, toca ser consecuentes con las semillas que Myrna nos ha heredado. Un orgullo, pero me imagino que a veces una carga pesada para ti, reconocer su legado y al mismo tiempo convertirte en tu propia persona. Si hay un poder superior en el universo, ojalá que sepas ahora, definitivamente, que no sólo honrabas el legado de tu madre, sino también que el amor y orgullo de ella te rodeaban siempre cuando volabas tan alto con tus propias alas.

Parte de lo desgarrador de estas noches de septiembre es que ambas mujeres fueron derribadas en su mejor momento, mientras avanzaban en sus proyectos profesionales y de vida y antes de que pudieran ver los frutos de sus esfuerzos. Myrna no alcanzó ver los acuerdos de paz ni la salida a luz de las Comunidades de Población en Resistencia en el norte de Quiché en los años noventa (un proceso que ni sus asesinos pudieron detener). Lucrecia no alcanzó ver a Bernardo Arévalo asumir la presidencia como fruto del proyecto político que ella fue central en fundar.

Nos rompe el corazón que Lucrecia no cumpla sus 50 años, como tampoco lo hizo Myrna, y que no conozca a sus futuros nietos, como tampoco lo pudo hacer Myrna.

Cuando Lucrecia recibió el diagnóstico de cáncer, un pequeño núcleo de amigas de su madre nos organizamos en un grupo autodenominado las “hadas



madrinas” para brindarle pequeñas muestras de cariño, junto a muchas otras redes de solidaridad que ella tenía. A ella le gustó el término “hadas madrinas” y empezó a usarlo ella misma. Lo que pasa es que el lenguaje se nos queda corto, realmente no hay una palabra para describir este tipo de amistad, que quizás no sea de una cercanía cotidiana, pero sí es permanente porque se ha forjado durante décadas de estar presentes con un cariño inquebrantable.

Varias de las hadas madrinas logramos verla en los últimos meses de su vida. A finales de julio, cuando con Marcie la vimos por última vez, estaba muy enferma pero seguía siendo ella misma, con la brillantez de siempre. En un momento, reiteró algo que le habíamos escuchado decir muchas veces a lo largo de los años: que una de las cosas más importantes que heredó de su madre fueron las amistades de Myrna. Al decirlo, se dirigió hacia sus hijos alrededor de la mesa como para legarles esa lección y esas amistades. Me hizo pensar que ella tuvo al menos algo de tiempo para transmitirles cosas claves a sus hijos que no tuvo la oportunidad de recibir por parte de su madre, cuya vida fue arrebatada en un instante.

Es cierto, Rafael y Joaquín: las amistades de su mamá son también suyas ahora.

Pienso en la práctica budista de Lucrecia según ella misma la describió en sus últimas entrevistas públicas. Según entiendo, el reconocimiento budista de la impermanencia de la vida no equivale a indiferencia, sino todo lo contrario. Significa tratar de infundir cada momento de la vida con compasión. De la misma manera, Lucrecia también habló de su proceso interno después de recibir el diagnóstico de cáncer, reconociendo que por muchos años el combustible de su vida había sido la rabia, claro, por el asesinato de su mamá, el exilio de su papá y la situación política impune en el país. Dijo, sin embargo, que estaba tratando de cambiar ese combustible por un combustible de amor. Lo podemos tomar como uno de sus legados, quizás.

Durante tantos años nos ha tocado ser consecuentes con las semillas que Myrna dejó. Ahora, toca regar las semillas (¡y Semilla!) que Lucrecia sembró.

Con cariño y aprecio eterno, querida (Lucky) Lucrecia.

